

Mariano Latorre

## Cavinza

### II

#### MAIGO

**M**I segundo viaje a la caleta de Molco tuvo un objetivo: conocer a Maigo en el medio que la suerte le había deparado, en la barca misma.

Ahora no era difícil acercarse a bordo. Huenafil, que había venido en persona al boliche de Sommer, hacía una semana, quedó muy reconocido al forastero de Santiago. Sobre el mostrador bebimos, mano a mano, una botella de cerveza.

Mis preguntas lo hacían sonreír; sin embargo, sus palabras disimulaban mal la vanidosa satisfacción de ser tomado en cuenta. Adivinábase que su pasado de marino, sus viajes, la barca, la casa que había edificado en la playa y hasta la posesión del gato milagroso, lo constituían en un personaje importante.

Llegué esta vez después de medio día. Dejé pasar la mañana, que los pescadores ocupan en baldear sus botes y en limpiar sus redes de los peces que el remitente no ha aceptado.

Así encontraría a Cavinza libre de toda ocupación; sin embargo, al acercarme al rancho de Huenafil, con su vieja inmóvil hilando cerca de la puerta, ví a Cavinza tejiendo, frente a una red sujeta a dos horcajas de hualle, un desgarrón de las mallas.

Sus dedos, amarillentos y duros como uñes, manejaban con habilidad el mallero y la aguja. A los cuadraditos oscuros, envejecidos, iban agregándose otros nuevos y blancos. Era, en realidad, Cavinza el que siempre remendaba las redes y manejaba la blanca cangreja de La Pinta. El padre, según el modelo del sargento de mar en sus años a bordo de escampavías y destroyers, mandaba en jefe.

Le pregunté al niño si podíamos navegar. Se limitó a volver la roja llama de su cabeza para decirme, sin dejar de tejer:

—Hable con el taita.

Huenupil se adelantó al oír mi voz. Había dejado el sombrero y su calva, tan poco campesina, brillaba salpicada de gotitas de sudor. Sus ojos resplandecían y su gesticulación era confianzuda y abundante.

—Pase a tomar un trago, señor, pa la calor.

En la mesa de la ramada donde había almorzado hacía quince días, ví un jarro de vino. Un indio de oscura tez, de pómulos puntiagudos y media docena de pelos repartidos entre el labio superior y el mentón, dormitaba apoyado en la tabla de pellín, barnizada con el vino que se escurría de los vasos. Era Cochecho, el compadre de Huenupil, que vivía al otro lado de Molco.

Había llegado vino a las cantinas del puerto y los pescadores trajeron una damajuana a la caleta. Un vino medio vinagre que debía producir borracheras espesas, traidoras. Tuve que beberlo, sin embargo, en compañía de ambos.

Cochecho, al darse cuenta de mi presencia, había despertado repentinamente. Empezó a hablar. Sommer, Huenupil y los erizos de Molco se enredaban entre sus frases inconexas. Su cicio de sudor, a causa del vino bebido, con sus pelos tiesos pegados al mentón, tenía algo de la cabeza del lobo de mar cuando pasa, chorreante de espuma, en la curva de dos olas.

Pero se callaron repentinamente. Cochecho volvió a su inconsciencia. Su cara de lobo resoplaba, caída sobre los brazos desnudos. El propio Huenupil sosteníase apenas en pie. Su cabeza movíase como un péndulo que está a punto de detenerse.

Me apresuré a pedir su autorización para navegar a la vela por la caleta. No entendió en un principio; y temía que, dada la desconfianza astuta que los caracteriza, no quisiera que un forastero, menos un rico, conociese el gato de Molco.

Pero no fué así. Apenas en su cabeza penetró mi idea, se asomó tambaleándose a la ramada y llamó a Cavinza a grandes voces:

—¡Peiro, Peiro! Eja esas rées.

Y a pesar de que el muchacho acudió rápidamente, su voz rezongona no cambió. Llegué a comprender que era su procedimiento para mantener la obediencia en Cavinza a quién tiranizaba. Me di cuenta, igualmente, que el muchacho lo temía, pues al acercarse, su actitud era la del que está acostumbrado a recibir golpes a cada instante y por cualquier cosa.

—¿No te ije que ejaras las rées?—fué su recibimiento.

Cavinza se limitó a levantar algunos centímetros el brazo y a bajar la cabeza roja otros centímetros.

—Vas a llevar al señor por la Caleta en La Pinta. ¡Cuidado con Maigo!

Avanzó un paso en su actitud de amenaza y Cavinza retrocedió otro en actitud de defensa.

Se volvió, luego, hacia mí para explicarme:

—El chiquillo es güenazo para la maniobra. L'único es que no quiere al gato.

Y dirigiéndose a él repentinamente:

—¿Le llevaste la comida?

—Sí, taita, en la mañana.

—Yo sabré como te portás. Vai a ver, no más, coltro maldaoso!

Avanzamos en silencio hacia la playa. Los ojos grises del muchacho se habían endurecido con una lijeza de odio que se acentuó en un gesto rebelde de los labios, al ver un grupo de mujeres con chamales y de pescadores que avanzaban hacia la casa de Huenúfil.

—Pa la casa van—dijo siguiéndolos con la vista—a curarse.

Apenas sus largos brazos empujaron la proa del bote para



desprenderlo de la arena, me pareció que era otro. Tenía prisa en dejar la tierra y entrar a su elemento propio, el mar, donde sus movimientos mismos, tan desgarrados, adquirirían una gracia, una soltura inesperadas.

La voz misma con que me invitó a subir a la pequeña embarcación, no era el sordo balbuceo con que respondía a las preguntas, cuando con su bolsa de *ñocha* bajo el brazo, llegaba al fondo. Su entonación era segura y varonil. Su cuerpo flaco lo imaginé repentinamente musculoso, al doblarse en escorzo, para manejar el remo en la popa, con rápidos pases de derecha a izquierda. La proa, al impulso del remo, se hizo consciente, apartando los borbotones hostiles de la marea. Sin saber cómo me ví lejos de la playa, en el agua arremansada.

Nos acercamos rápidamente a «La Pinta». De cerca producía el barquito otra impresión. Era recio el dibujo de su casco rojo, con el enorme número de la matrícula en la proa y el pequeño bauprés, semejante a un cuerno. Parecía un animal de trabajo, algo tosco, pero fuerte.

Yo pensaba en Maigo. Le pregunté a Cavinza por el gato.  
—Lueitilo se asoma.

Se escupió las huesudas manos para decir:

—Si asoma y s'esconde altiro.

Le observé bromeando:

—¿No te quiere Maigo, parece?

Bajó los ojos de acero, de impasible frialdad sin contestar. Su cabeza, agrandada por el pelo crecido en todas direcciones hasta invadir las orejas, iluminado por el sol, me dió la impresión de un extraño bonete rojo, el bonete rojo de los antiguos marinos.

—No sé—contestó, mirándome—. ¡Es tan raro el gato! ¡Salta como huiña en el monte! ¡Lo viera subir por los cordeles, como marinero!

Tocó el bote el costado de «La Pinta» sin que el gato diese señales de vida. Cavinza sintió cierta molestia porque, esta vez, Maigo no apareció a bordo.

Me dió una explicación sin que se la pidiera:



—Es que le traje la comia en la mañana. ¡Ha d'estar sesiando!

No estaba conforme, sin embargo. Sujetaba el bote, arqueando los dedos de los pies en el reborde interior y de las manos se agarraba a los obenquillos. Su cabeza roja impecionó la barca.

Sentí, de pronto, un maullido. Volví la cabeza, creyendo que era el gato, pero no: era el propio Cavinza. Lo observé con curiosidad. Su cara sufrió, súbitamente, una transformación diabólica. El maullar se fué cambiando en agudos, estridentes aullidos. En el castillete de proa de la barca se perfiló la silueta negra de un gato flaquísimo, arqueado el lomo y la cola erizada como un escobillón. Unas pupilas verdes, fijas, observaban atentamente la cabeza del muchacho.

Cavinza se había convertido en un gato monstruoso. Lo ví saltar ágilmente a la barca, agacharse en seguida y mirar a Maigo en la misma actitud expectante de éste. Parecía un juego conocido. Se redobló su maullar estrangulado y rabioso. Avanzaba poco a poco y a saltos. De mí, había hecho caso omiso y para que el bote no se alejase del costado me agarré de las defensas de la barca.

El gato rompió, de improviso, su actitud de espectación. Se me ocurrió que había pensado cuerdamente que este monstruo que maullaba no era un congénere ni menos una rata. Corrió por la borda con una agilidad portentosa. Fué un relámpago negro el que pasó frente a mí y el hueco oscuro de la popa se engulló como una boca ávida.

Cavinza se irguió, una vez conseguido su objeto. Supuse que esto era lo que irritaba a Huenufil. Su cara pecosa, roja por el esfuerzo, se partía en una risa jubilosa.

Se acercó a la borda, solícito, para ayudarme a subir; luego corrió a la proa a desatar la amarra de la boya.

Me hizo sentar en la popa. Yo miraba alternativamente el hueco negro donde Maigo parecía haberse disuelto y la habilidad con que el muchacho aflojó las amarras que arrollaban la cangreja a la bota-varas; y luego el enorme triángulo de la vela

comenzó a subir por el mástil, traspasado de blancura levemente dorada. El viento se hizo presente, como si la reconociese, con rudos manotones. Cavinza cogió la escota, la retuvo entre sus manos y la tela se hinchó, haciendo crujir el mástil. Hirvió el agua al romperla la proa de «La Pinta».

Pronto nos rodeó el aire de alta mar: en el horizonte el agua palpitaba con fulguraciones de oro.

Cavinza se había sentado en la borda, en el otro extremo de la popa. El aire asoleado ceñía su figura extraña; la línea del horizonte cortaba en dos su cuerpo. Y advertí, de pronto, en él, detalles que nunca había observado en tierra. El prognatismo de la mandíbula inferior le daba a la cara pecosa un gesto de dureza, de implacabilidad. Los pómulos puntiagudos la asentaban ensanchándola de arriba. Los ojos, dos gotas frías, grises, justificaban una vez más el sobrenombre de la caleta. Y en la oreja, que asomaba por entre las mechas rojas, no me costó mucho imaginarme el aro de oro de los antiguos marineros; el aro tradicional.

Iba a hacerle una pregunta cualquiera para oír su voz, cuando el gato que espiaba, seguramente, un momento favorable, pasó por entre mis piernas, erizado, demoníaco, saltó a los barcales y se perdió en la proa, en el minúsculo pañol donde, según supe después, tenía su guarida desde que se apropió de la barca como de una tierra de promisión.

Cavinza maulló rabiosamente hasta que el gato desapareció; luego rió con su larga, ingenua risa de niño.

Y a dos pasos de él, con toda la fuerza de mi atención en juego, iba descubriendo detalles que, al pasar, no pueden advertirse. Los dientes largos, separados, daban a su risa un extraño tinte de crueldad que acentuaba el prognatismo de la mandíbula. Comprendía, ahora, esa hostilidad cómica al gato de la caleta. Era, en el fondo, el amo de la barca; y él su sirviente, porque según supe más tarde, Cavinza limpiaba el cajón con aserrín que Huenufil había dejado al gato para su uso personal.

Sentado en el borde de la barca, con la escota entre las manos curfidas, casi desnudo, porque el jersey estaba roto en



los hombros, al aire las canillas y con aquella prodigiosa selva de pelos rojos que amenazaban invadir la cara, volvía a pensar en un viking, en el antecesor aventurero y en el aro simbólico pegado a la oreja derecha.

«La Pinta» cuneábase suavemente en las largas ondulaciones de alta mar. El viento del sur, que parecía venir del lejano horizonte, trizaba las aguas en mil rizaduras que, a ratos, remedaban los plateados lomos de un cardumen de cavinzas en fuga.

La costa perdía su relieve: era una franja azulosa, donde dormitaban inmensas nubes blancas.

Cavinza entreteníase ahora con la barca. La escota y la caña del timón eran como dos riendas para él. Torcía, por ejemplo, la caña y recogía la escota. En la comba de la vela se revolvía el viento, inclinábase la barca de costado y rompía las aguas con chasquidos violentos, impacientes.

Luego, charlamos. Cavinza sentíase aquí bien, como en su medio. Sobre todo, no estaba presente la mirada dura del taita ni su voz regañona. Me hizo el elogio de «La Pinta».

—Cuaernas e mañío; y tablones e ciprés. P'al lao de Aysen las van a cortar los chilotes. El taita se la compró a un chilote, pa la Candelaria.

Voló, de pronto, por la proa un enorme pájaro blanco. Movía perezoso unas alas oscuras, delgadas y agudas como puñales. Le pregunté:

—¿Es una gaviota grande?

—Son pájaros carneros—replicó con un tono que disculpaba mi ignorancia; y agregó en seguida, con superioridad despectiva:

—Pero estos son chiquichichos. En los canales, p'al Estrecho de Magallanes, hay uno negro como buitre. Cristiano que cae a l'agua, se le va a los ojos al tiro. En l'Esmeralda, una vez, en una maniobra de ancla, una mar echó al'agua a un marinero y el pájaro le sacó los ojos.

Le pregunté ingenuamente:

—¿Tú conoces Magallanes, entonces?



Torció la cara, so pretexto de enderezar la caña.

—Yo, no... El taita ha estao en los buques e guerra. En l'Esmeralda y en los destroyers y tamién en los escampavías pa los canales.

Hizo una pausa y dijo en su lenguaje entrecortado, vacilante, apretando sus dedos largos en la caña:

—Pu'allá tan los cueri-cueri. Son juertes como jotes, es que... tienen botes de cuero y casas de cuero. Viven con una zalagarda de perros que cazan nutrias.

Nueva pausa. Se ha producido, sin duda, en su cerebro un paréntesis de ensueño, porque dice:

—Cuando cumpla, voy a hacer el servicio en los buques e guerra.

Me acordé haber visto en Talcahuano desfilar por los malecones un grupo de grumetes del sur, chilotes o mapuches civilizados que taconeaban con energía, primer indicio de su militarización. Era deplorable su aspecto, con los ásperos bototos y el tieso brin de los uniformes. Creí observar en su cara morena cierta nostalgia o por lo menos una resignación triste.

—¿Y no sentirás dejar la caleta?

No contestó. Ante un forastero titubeó tal vez en desnudar su alma. Pasóse, como un signo de perplejidad, el brazo de jersey por las narices, dió a la escota una vuelta más en la muñeca; y su frase: —la vía e la mar es linda—tuvo regocijado borbotar de espumas en la proa de «La Pinta». Así la barca parecía estar de acuerdo con su timonel.

La semilla aventurera no se había extinguido, a través de tres generaciones costeñas. La atracción de nuevas tierras y de nuevos horizontes florecía de nuevo en el lejano descendiente.

Su cara infantil, endiablada, tomó de improviso una expresión de éxtasis. El viento que inflaba la cangreja hasta doblar, a veces, el mástil de alerce y removía los pelos rojos de la cabeza, modelaba los rasgos duros y los hacía de acero, como las alas de las gaviotas y los alcatraces.

Seguí su mirada hacia la costa. Atraía su atención el casco de un buque de tres palos que iba poco a poco soltando su

velas: un remolcador pequeñito, guión oscuro en el mar, lo envolvía en la nube negra de su humareda. Parecía inmóvil, a la sombra de la costa, pero luego entró a la hoguera vibrante del sol y tomó un relieve fantástico. Las velas blancas, redondas de aire, parecían de oro, una línea de oro fulgía en la borda; oro líquido, movable, lo acariciaba en sus densas ondulaciones; y hacia el oro vivo del sol navegaba como el alma de un buque.

Y Cavinza, distraído, apretando contra su corazón la escota de la vela, parecía perseguirlo; en tal forma saltaba en las olas y las partía en dos madejas de espumas, la proa de La Pinta.

Fué la última vez que ví a Cavinza en la caleta. Recuerdo con claridad todos los instantes de nuestro conocimiento, pero ninguno ha quedado en tal forma impreso en mi memoria como éste.

Lo ví súbitamente como debió ser más tarde, en algún velero y en algún mar de la tierra. Nunca como entonces se mostró más claro el invisible eslabón que unía al nieto chileno y al abuelo noruego.

El barco que, solo ya, navegaba hacia un puerto lejano debió parecerse al que, en una noche de tormenta, rompió sus cuadernas en las rocas de Molco; y al abuelo desconocido, como al nieto que tenía ante mis ojos, me lo imaginé también un pescador que, en férreas redes, pescó bacalao en el polo, bajo el resplandor de las auroras boreales.

Un escalofrío recorrió al mar. Una ola de sombra apagó la hoguera del sol y rompió el encanto del momento. El remolcador se acercaba a la costa, veloz, como si huyese de la nube de humo pegada a su popa. El buque era ahora una mancha de tinta en el horizonte.

A indicación mía, Cavinza hizo virar la barca en redondo, cambiando la botavara a estribor.

La cenizosa garúa crepuscular amortajaba la caleta cuando amarramos la barca a las boyas. Las casuchas de los pescadores eran montones de sombra en la claridad de la playa; fogatas de vivo resplandor movían sus llamas a trechos, frente a las rucas; oíanse voces, gritos, ladridos que el aire quieto se entretenía en prolongar o cortar puerilmente.

El gato no apareció en la borda. Mantúvose hurañamente escondido en su rincón: sin embargo, cuando el bote dejó el costado de la barca, se oyeron sus maullidos, suaves, quejumbrosos, repitiendo la frase que le dió nombre:

—¡Mi'ahúgo, mi'ahúgo!

Cavinza permanecía silencioso. En un fondo claro, donde ya palpitaban estrellas, veía su figura, semidisuelta en la sombra, moverse a izquierda y derecha. Oía, también, el golpe seco del remo en la chumacera.

Salpicaduras frías claváronseme en la piel. Sentí el burbujeo precipitado de las espumas. La arena crujió de improviso. El bote se detuvo.

Le pedí a Cavinza que fuese a buscar mi caballo. Oíanse gritos, cantos entrecortados de borrachos, carcajadas. La borrachera se había hecho general en la caleta. Se inició en la casa de Huenafil y se propagó luego por todos los ranchos. Pasé despacio por la orilla de una ruca. Las llamas crepitantes, coronadas de todos los insectos de la noche, dibujaban a grandes trazos de carbón, greñas tiesas de mujeres o dormidos torsos de hombres. Caminaba con toda precaución para no despertar los perros de Molco.

Unos gritos estrangulados, salvajes, partieron el frágil cristal de la noche. Los perros pusiéronse a ladrar furiosamente. Detuve el caballo, porque creí que, en su borrachera, el padre castigaba a Cavinza para desahogar su odio inconsciente, irreflexivo, contra el muchacho rojo, tan distinto de ellos que, sin amigos, sin afectos, vegetaban en la playa.

Pero la calma vino. Se elevó hasta las estrellas cristalinas el rumor amplio de la marea.

Penetré en la densa noche de la selva. El olor de los laureles me habló de las umbrías. Llegaba hasta mí en dulces oleadas. Silabeó una tufa en un pajonal. Sobre un tronco viejo un concón sopló asustado. El rumor del bosque, sobre mi cabeza, me pareció un lejano y leve eco del mar.



## LA FUGA DE CAVINZA

La red sonora y gris de los chubascos de Enero envolvió al campo durante una semana. Toda labor se interrumpió. Era un aletazo de invierno en plena estación estival, pero con dos notas del verano: no hacía frío alguno y el rumoroso estremecerse de los pellines mostraba intacta su bóveda verde oscura.

Sommer hacía encender, durante la noche, la chimenea de fierro del comedor. Llamas azules, afiladas como la fibra de los hualles donde nacían, estallaban, de pronto, en vívidas crispuelas. Eran como una música de hogar. Cantaban la ruda canción del colono en la selva.

En medio de las pesadas alacenas del abuelo, de las sentencias bíblicas o los versos de Goethe, pintados por la hermana en estilizados caracteres góticos, el rostro rojo, saludable, de mi amigo Emilio Sommer y su traje de montar y su pipa humeante, eran un complemento indispensable.

Y el sosiego gravitante en la vieja casa, que el abuelo labró toscamente, con su hacha de conquistador, y que el padre ensanchó más tarde, mediante los bloques de mantequilla que iban a Valdivia, me envolvía en un medio desaparecido y me apaciguaba.

Sommer, a quien me unía desde el Internado Barros Arana, una amistad sólida, habíase quedado en el campo. Las hermanas se casaron y hacia las cordilleras o hacia lagos lejanos acompañaron a sus maridos.

Y era agradable también, en la noche, oír el tamborileo de la lluvia en las tejuelas y la música del viento en los pellines que aún quedaban, de la antigua selva, en el camino.

Dí por bien empleados estos días de reclusión (charla y lectura) apenas se mostró el sol una mañana. Centelleaba el aire aún empapado de agua. Las colinas, erizadas de palos secos, semejantes a lanzas mapuches en espectación, mostraron tras de la niebla deshecha, su típica decoración.

Ví pasar, sobre las vegas oscurecidas aún por la humedad,

una pareja de cisnes: eran tan frescos, tan imponderables, que semejaban un producto del aire purificado. Y en los árboles, sobre todo en los viejos, en los que tenían un denso forro de musgos, por todas partes se abrieron los rojos copihues que no hacía mucho eran sólo duros botones verduscos, colgados de fibras delgadas.

Una mañana levantéme decidido a ir a la Caleta de Molco. Las lluvias debieron, también, transformar el rincón costero; pero mi amigo me detuvo al ver que Lumaco me traía el caballo.

—Espera que el sur seque los caminos. La cuesta de Molco debe estar intransitable. Lo mismo los *planchados* a la salida de la hijuela.

Y desistí por el momento. Tenía vivas en mi memoria las escenas de aquella tarde: el viaje por la Caleta, a Cavinza y a Maigo, su enemigo, el llamear de las fogatas en la noche y los gritos y cantos entrecortados de los pescadores borrachos.

Suponía que el niño, como de costumbre, vendría a la hijuela a dejar los congrios o rovalos con que abonaban la cuenta *de sus vicios*; pero nadie se acercó de Molco.

Una noche se lo pregunté a Sommer. Miróme burlón, con su característico repliegue de facciones para dar paso a la sonrisa.

—Si no salen al mar cuando llueve. Son marinos por la fuerza. ¿No te has fijado? Han aprendido en Corral a tejer redes y a hacer botes. Antes los pescaban con lanzas en la corriente.

Y agregó después de una pausa:

—Y luego la Candelaria está cerca. De todas partes van a Punucapa.

Sommer me habló de la clásica fiesta austral, cuyo origen está en las velas de sebo que los marineros llevaban a la iglesia de tablas de la costa, en la colonia. Celébrase, también, en las cordilleras. El indio la ha adaptado para sí, pero en las islas de Chiloé es donde tiene más popularidad. Cada bote isleño lleva una escopeta. Al atardecer, cuando las fiestas han

terminado, un mocho da la señal, lanzando un tiro al aire desde la iglesia.

Y los triángulos blancos de las velas se reparten en el espejo opaco de los canales, disparando, a su vez, sus viejas armas.

—Yo lo ví en Calbuco, siendo niño—me cuenta Sommer—. Hoy la fiesta casi no tiene interés. Es un negocio de las parroquias. Sin embargo, en Punucapa, algún lego chilote, parado al lado de la capilla, dispara al aire su escopeta, cargada con pólvora.

Le referí, entonces, las observaciones que había hecho en la Caleta. No sabía nada del gato de Huenafil. Se rió mucho de la rivalidad que había entre Cavinza y Maigo por el comando de «La Pinta».

Me suministró un dato, por el cual me expliqué algunos aspectos, antes muy oscuros para mí, de las relaciones entre el padre y el hijo.

—Huenafil es el indio más flojo que haya conocido. Para remache hizo el servicio militar en la marina y se cree un sargento. El manda únicamente. Los otros lo tienen como jefe, porque sabe hablar. Eso del gato es cosa de él, no me cabe duda. Cuando vivía la mujer, le tejía las redes y manejaba el bote. La trataba como esclava, a franca pura.

Estas palabras me hicieron recordar su actitud frente al muchacho el día en que navegamos por la Caleta. Los gritos que oí cuando, en la noche, subía la cuesta de Molco eran, sin duda, los del niño castigado.

Y le observé entonces a Sommer:

—Pues Cavinza es el que reemplaza a la madre. No parece un hijo sino un animal a quién hay que sacarle todo el provecho antes que se muera.

\* \* \*

Pasaron los días. Secáronse los caminos de los cerros. Las vegas recobraron su cálida rojez de los días soleados. Los palos



secos, ennegrecidos por el agua, tornaron a mostrar su blancor de osamenta; y en el cielo lavado, lleno de luz cruda, se estomparon las crespas murallas de la selva virgen; pero nadie llegó de la Caleta de Molco.

Ruidosa, movida, la Candelaria se manifestó para nosotros con la emigración de los inquilinos de la hijuela.

La trilladora paró su jadeo bajo el cobertizo: el tubo negro del motor, sobre ella, no arrojó su espesa columna de humo oscuro.

Sólo la Juana Epuín, la vieja india que hacía de cocinera, atravesaba el camino en busca de agua. Reinaba un silencio imponente. Los perros de Sommer, unos enormes dogos alemanes de color gris, llegaban a los corredores como en demanda de una explicación. Y los ruidos del campo, que habitualmente apagaban el traqueteo del motor y la áspera palpitación de la trilladora, cobraban un relieve increíble. Tu-tu hacían las tufas, tec-tec las taguas del río cercano, zurruuú las torcazas oscuras, chillaban las cotorras, si una ráfaga de viento, al pasar por el movedizo follaje de los pellines, no lo fundiese todo en una onda de armonía.

Me iba hacia el río, atraído por estas voces que me hablaban del campo chileno del sur. Metido en la vieja canoa, rezumante de agua sucia, remaba río arriba. Y el río me revelaba su alma simple, eternamente amodorrada. Sólo en las colinas, al nacer en unos manantiales, tenía su corriente animación y vida; pero luego se detenía en remansos, como un mapuche flojo, temeroso de llegar al mar que se adelantaba a su encuentro dos veces al día.

Y pasó la Candelaria. Las faenas campesinas se reanudaron. La trilladora tragábase, cada minuto, inmensos haces de espigas. Los sacos hinchados de trigo amontonábanse junto a la romana.

Mujeres toscas venían a las carretas. Hombres de pómulos salientes y de pequeños ojos astutos manejaban diligentes sus horquetas para deshacer el castillo de espigas de las carretas emparvadoras.

Entre estos colonos o medieros había muchos que vivían cerca de la caleta.

A uno de ellos le oí, una mañana, la formidable nueva. Cavinza, a quien su padre dejó en la caleta el día de la Candelaria, había desaparecido y no se sabía nada de él.

Huenafil pasó, según dijo el colono a una pregunta mía, por su rancho, noticiándose si el niño había sido visto por el camino.

—Cavinza quería ser marino—observé yo, mirando a Sommer que pesaba los sacos en la romana.

—Güeno con el coltro. Si parecía pescado. Se lo llevaba en l'agua—dijo uno.

Sommer, que en la soledad del campo habíase compenetrado con el alma de sus inquilinos y con su lenguaje, hizo una broma para el gusto de ellos:

—La que se va a fregar es la chiquilla si no vuelve Cavinza. Hasta de marinero va a hacer.

Y un muchachón que, sobre la máquina arreglaba las gavillas, la cabeza dorada de paja, observó riendo:

—El gato di'agua lu'ha de ayúar ahora.

¿Por qué el niño había dejado la playa de improviso? ¿Qué le había dado la audacia necesaria para tomar esa determinación?

Sentía, sin saber por qué, una alegría loca, irreprimible, al pensar que Cavinza había abandonado el rancho de Huenafil y la playa de oro. Era la realización de un sueño para mí.

Representóse en mi memoria su cabeza endurecida por el viento del mar, el morrión rojo de su pelo y los ojos de cavinza, los ojos de leyenda, fijos en aquel velero, empapado de oro, rumbo al horizonte.

Y sentí viva molestia, cuando Lumaco volvió a las casas sin los caballos que, saltando cercas, abandonaron sus potreros durante los chubascos.

Y cuando una mañana, a punto de volverme a Santiago, mi caballo devoraba al galope los trozos de buen camino o chapoteaba en los charcos, pululantes de sapos saltones, un ansia impaciente, una angustia inquieta, quemaba mi espíritu.

Clavé al caballo para llegar cuanto antes a la cumbre. En mi impaciencia creía que el mar había cambiado, que las chozas y los hombres eran otros. Muy temprano doblé la cima. No había niebla. El mar, como lo observé muchas veces en la costa de Molco, se adormía en una mansedumbre de sueño: reluciente espejo de aguas plomizas que no despertaba el hálito que venía del horizonte, pero en la rubia arena la marea tejía y destejía su bordado de espumas bulliciosas. Humos azules brotaban de los ranchos grises.

No había ningún bote en la playa. «La Pinta», sí, se balanceaba en su fondeadero. De improviso, como surgidas del mar mismo, tres velas se dibujaron y luego dos más. Navegaban con lentitud. A ratos, diríase que estaban fijas en el agua. Sus canchales triangulares eran, a aquella hora limpia, una concreción de blancura, así como las gaviotas, copos blancos desprendidos, a cada instante, de la negra masa de los arrecifes.

Y esta vez, como otras, pensé en los pescadores casi mapuches de Molco, cubiertos de sucios harapos que, al poner un pie en sus botes y al achicarse bajo la explosión de nieve de la vela, cobraban un nuevo aspecto, purificábanse sus figuras sórdidas, integrábanse, como un elemento decorativo, al vasto panorama.

Llegué a las cercanías de la playa en el momento en que las velas se arriaban y los botes, cortando las olas, clavaban sus proas en la arena.

Bajo la ramada, frente a su casa, fumaba Huenufil. Su gesto no había cambiado. Era igual su actitud cortés de hombre de pueblo que quiere darse importancia. El sombrero permanecía aún sobre su cabeza. Sólo su barba me pareció enorme, descuidada, deshecha.

Me invitó a bajar del caballo. La hermana de Cavinza lo llevó, esta vez, al otro lado de la casa. Me hizo recordar este hecho la broma de Sommer.

Hablamos de cosas sin importancia. Un raro temor detenía la pregunta en mis labios. No quería que Huenufil se imaginara



que mi viaje obedecía sólo a eso. La oportunidad se presentó en forma verdaderamente inesperada.

Sentí bajo la mesa tosca un maullido suave, ronroneante de gato. Huenafil se inclinó complaciente hacia él. Un gato negro, obeso, saltó sobre sus rodillas y luego a la mesa. Restregábase a su cuerpo con voluptuosa insistencia:

Yo le pregunté:

—¿Trajo Ud., al fin, don Pedro, un gato de Corral?

Al abrirse su boca fué la barba entera la que sonrió. Pasó la mano por el lomo del animal que respondía con un maullido regalón, apenas perceptible. Dió una chupetada a su grueso cigarro de hoja.

—Es el mismo Maigo que bajó a tierra—explicó.

Y guardó silencio. Mi asombro producíale placer. Veíase que esta pregunta le había sido hecha muchas veces y él había adoptado una mueca, una actitud, para alargar lo más posible el placer de considerarse y ser considerado un personaje importante. En su evolución hacia la cultura, era esta actitud un paso adelante.

Levantó luego su cabeza oscura, donde las facciones se empequeñecían, ahogadas por la barba hirsuta; levantó un poco su sombrero y, al ver, seguramente, la duda pintada en mi cara, dijo:

—El Peiro, el chiquillo, lo bajó por la fuerza el día de la Candelaria. ¡Si' hacía el leso el coltro, mire! El gusto era remearle el maullío.

Chupó largamente su cigarro de hoja y agregó:

—Abría así tanta tarasca e gusto (apartó los brazos exagerando la amplitud), un día que una jaiva le pescó una pata y el gato corrió por todo el bote asustado. Le di unos buenos palos por la mala intención con las bestias. ¿No le parece? El día viernes, cuando todos arreglaban los botes pa la Candelaria, se jué a bañar a La Puntilla y estuvo ocioziando con el gato. Ei ejó botá unas redes que rompió la sierra. Lu'ejé castigao en la playa. Y di'ahi, solo, ha pensao la maldá, porque éste no tenía nã amigos. Li'arrancaban todos los chiquillos

de la caleta. Ni sé cómo pudo meter el gato en un saco harinero. La vieja lo vió e la puerta el rancho. Como está impedía ná púo hacer. Ice que el saco saltaba como loco en la arena y di'ahí el gato salió pal'aire. Se queó paralizao, como pegao a la tierra, es que. Ni podría andar digo yo, en tierra firme lo mesmo que los marinos cuando bajan de los destroyers. Parece que la tierra l'impie andar a uno, como si lo agarrara. La vieja ice que levantaba la patita el gato, tanteando la tierra, con el lomo arqueao e susto. Di'ahí comenzó a ladrar la quiltrería y el gato salió disparao pa'l monte. Los quiltros y el Cavinza etrás. Digo yo que si'ha metío en las quilas y no lu'han podío sacar. La vieja ice que llegó con cara e pena a la casa, entró pa entro, escolgó una chaqueta nueva y unos zapatos que le compré l'otra Candelaria y salió pa las rocas del otro lao. El remitente me noticia que lo vió en Corral el lunes. Pa mí si'ha embarcao en la «Elsa», una goleta que lleva maera p'al Norte.

Me extrañó su resignación. En sus palabras más bien había una especie de complacencia, porque la suerte lo favorecía con sucesos originales.

Miró al gato, que había bajado al suelo y observaba atentamente hacia un rincón de la ramada:

—¡Alguna vez echará de menos el mapu!—dijo con cierta arrogancia.

Y permanecimos silenciosos, observando a Maigo que, todo palpitante, había entrevisto un ratón a través de las ramas del cobertizo.

Era indudablemente un gato distinto. Su pelaje oscuro había adquirido un brillo de terciopelo; sus huesos puntiagudos, músculos elásticos y redondeados. El Maigo del mar, comedor de cabezas de pescado, de piel casposa y arisco carácter, había desaparecido para siempre.

Trataba de reprimir la alegría que brotaba en mi interior. No quería, aunque la probabilidad era remota, que Huenufil se diese cuenta. Era para mí la certeza inesperada de un sueño hecho realidad.

Quedábame aun por averiguar cómo el gato había vuelto de nuevo a casa del pescador y por qué no lo habían llevado a bordo, como era de presumir; pero no fué Huenafil quién me declaró la duda, sino Cochecho que apareció en ese instante en la ramada.

Hablaron algunos minutos de redes y pescado, espinales y botes. Comprendí que el mariscador iba a ser el reemplazante de Cavinza. La muchachita debió oponer resistencia, sin duda alguna.

Luego, Huenafil salió hacia la playa. Cochecho debía llevar unas redes y yo lo acompañé al cuarto donde se guardaban los aperos de pesca. Hablamos del gato otra vez. Le pregunté si habían intentado llevarlo a bordo.

—Taría roto el encanto ya—me contestó—porque no se púo pillarlo nunquita. Por ei se lo llevaba cazando ratones por las huertas. Al poco tiempo nu'había ni'un ratón en la playa. El gato ha sío muy suertero pa la Caleta—dijo sentenciosamente—en tierra y en mar.

Y como yo le observase que, alimentado de ratones, Maigo estaba más gordo, Cochecho me respondió sobre la marcha, con la seguridad de su primitiva filosofía:

—Es que agora come su comía natural.

Y su frase fué como la clave maravillosa de aquel drama que, a fuerza de diluirse en el tiempo, aparecía sin desenlace.

Y en la tarde, después de saborear como el primer día que vine a la Caleta el caldillo de congrio preparado por la hermana de Cavinza, mientras Huenafil y Cochecho iban a la playa, completamente solo, bajo la ramada, sentí clara y sencilla el alma primitiva de Molco.

Era también la baja marea, como en el primer día. La vieja de chamal, como la guarda de la ruca, tomaba el sol en la huerta, moviendo su huso incansable. El mar se recogía extrañamente, dejando al descubierto la playa y las rocas. La roda del viejo velero nórdico surgió del agua, verde y chorreante, erecta como un índice vencedor.

Y pensé en Cavinza, al que un azar había incorporado a su



elemento originario, al mar; y en Maigo, devuelto a la tierra, donde perseguía, consciente de su esfuerzo, los ratones de la playa, semejantes a pelotoncitos de arena movediza, o descansaba ronroneando, junto al fogón del rancho mapuche.

El tiempo, más allá de la vida y de la muerte, concluía por nivelarlo todo, lo insignificante y lo enorme, lo noble y lo repulsivo, sin pesar los ingredientes que utilizaba para ello. Así, después de setenta años de tanteos (mapuches de ojos de cavinza, colorines de rasgos mapuches) surgía el antecesor, el marinero rojo del aro en la oreja, en Pedro Huenusil, limpio de toda escoria, como un insecto que arroja, en un día de sol, el harapo gris de su larva; y hacía chocar, en el juego de la vida, a la bestia y al hombre, incorporándolos, por fin, a su destino.